



El Sueño de Bilbao

Dardo Scavino

► To cite this version:

Dardo Scavino. El Sueño de Bilbao. Telma Luzzani. Territorios vigilados, Random House Mondadori, 2012, 978-987-1786-44-2. hal-02334334

HAL Id: hal-02334334

<https://hal.science/hal-02334334>

Submitted on 28 Oct 2019

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

El sueño de Bilbao

El escritor mexicano Jorge Volpi dio a conocer hace dos años un ensayo, *El insomnio de Bolívar*, en el que declaró, provocador, la inexistencia de América latina: el presunto “sueño” de unidad del general venezolano no se habría consumado y, como consecuencia, esa entidad no habría llegado a existir nunca. Más de uno se indignó ante semejantes argumentos alegando que, a pesar de la fragmentación política de Latinoamérica, hay una unidad espiritual o una hermandad cultural de sus habitantes. De ningún modo, les replica el mexicano, y basta con echarle un vistazo a la producción de algunos jóvenes escritores argentinos, chilenos, bolivianos o peruanos, para constatar que las referencias a esa presunta patria común se esfumaron por completo y hasta se convirtieron en objeto de burla contra la llamada “generación Macondo”.

Un grupo uruguayo de rock, el Cuarteto de Nos, puso en circulación hace unos años una canción intitulada “No somos latinos” en la que afirmaba —paródicamente o no, importa poco, porque lo relevante es la presencia de este discurso en el Río de la Plata— que los habitantes de la “Suiza del sur” no formaban parte de aquella vitoreada comunidad:

*Prefiero hablar con un filósofo sueco,
Que con un indio guatemalteco,
Y tengo más en común con un rumano
Que con un cholo boliviano.*

Olvidemos por un momento los comentarios racistas que acompañan los videos de esta canción en Youtube —y que presentan a los uruguayos como la población sudamericana más “blanca” y “europea”—, y preguntémonos qué sería eso que el uruguayo “tiene más en común” con el rumano que con el cholo boliviano. Se trataría, aparentemente, de una cultura, cultura que el oriental no compartiría con los habitantes del altiplano. Tal vez el autor no se haya percatado de que si existe un elemento común entre un uruguayo y un rumano, eso es precisamente la lengua y la cultura “latinas”. Pero es evidente que si este músico asegura que los uruguayos no son “latinos”, se debe a que no son latinoamericanos. Y es cierto: no hay, y no tendría por qué haber, una unidad cultural que incluya a quechuas, aimaras y uruguayos (por más que estos últimos le hayan tomado prestado a los incas ese sol que estamparon en un ángulo de su bandera). Porque, al fin de cuentas, ¿qué tendrían en común, ya no digamos los uruguayos con los cholos bolivianos sino estos últimos con los indios guatemaltecos? Nada, tampoco, ni cada uno de ellos con los cubanos mencionados en otro pasaje de la canción. Si Latinoamérica es una unidad cultural, entonces, efectivamente, no existe.

¿Pero una cultura es lo único que puede “tener en común” una multiplicidad de individuos? Muy pocos estarían dispuestos a sostener una cosa así, me imagino. Cuando el *Manifiesto comunista* exhortaba a los trabajadores diciéndoles: “Proletarios del mundo, únanse”, no los estaba interpelando como miem-

bros de una misma cultura. De hecho, quienes piensan que una unidad política debe coincidir con una unidad cultural o con una homogeneidad espiritual, se sitúan más bien en el otro extremo del espectro político y exaltan entidades tan dudosas como el pangermanismo o el paneslavismo. Quienes sostienen que los ciudadanos de un mismo Estado precisan “tener en común” una misma cultura para hermanarse, tuvieron muy a menudo la mala costumbre de discriminar, y hasta de eliminar, a quienes no formasen parte de ella.

No quiero decir con esto que el mencionado Cuarteto de Nos, o los uruguayos que estarían parodiando, preconicen la expulsión de cholos, mayas o caribeños de la república oriental. Hablo solamente de las consecuencias posibles de este nacionalismo cultural que también puede presentarse, en determinadas coyunturas, bajo la forma de una provocación artística o una insolencia política (no habría que olvidar que la extrema derecha europea surgió en buena medida como una rebelión contra el *melting pot* estimulado por las migraciones del capitalismo).

¿Qué tienen entonces en común los habitantes de Latinoamérica si no es una misma herencia cultural? Cuando en 1856 el chileno Francisco Bilbao profirió por primera vez el nombre América latina, y cuando propuso una alianza política entre los países miembros de esa región, no estaba pensando que éstos debían unirse por su pertenencia a una misma cultura. De ningún modo. Como había sucedido en otras oportunidades a lo largo de la historia, y como sucedería todavía durante las guerras mundiales, Bilbao les proponía a esos países que se aliaran para defenderse de las agresiones norteamericanas, y el chileno pronunció esta conferencia en París tras enterarse de que el presidente Franklin Peirce había reconocido el gobierno insta-

lado en Nicaragua por el filibustero William Walker. De modo que para Bilbao los latinoamericanos no tenían en común una cultura sino más bien un enemigo. También eso es algo que puede tenerse en común: un enemigo. Y muchas alianzas políticas y militares comienzan así, sin importar la cultura de sus miembros respectivos.

Después de todo, Bilbao había corroborado hace más de 150 años lo mismo que Jorge Volpi hace dos: Latinoamérica no existe. El chileno sostenía incluso, un poco en broma, que América se dividía en los "Estados Unidos del Norte" y los "Estados Des-Unidos del Sur". América latina era, para el chileno, un proyecto, la única posibilidad que los países concernidos tenían de enfrentar a una potencia militar y económica tan temible como la norteamericana.

Está, es cierto, el hecho de que Bilbao haya hablado de América latina para contraponerla a la América sajona, recurriendo a un adjetivo que ha dado lugar a una larga historia de malentendidos hasta desembocar en la mencionada canción del cuarteto uruguayo. Pero el chileno pensaba más bien en las culturas que se habían vuelto hegemónicas en ambas regiones, como consecuencia de la conquista y la colonización. Porque si leemos su conferencia en detalle, nos damos cuenta de que no hace alusión a una herencia cultural común que se remontaría a la antigüedad romana. Entre otras cosas, Bilbao no pensaba que la principal potencia "latina" del siglo XIX, Francia, estuviera en condiciones materiales y espirituales de enfrentar el avance arrollador del imperialismo norteamericano (y hasta va a denunciar algunos años después, cuando se muda a Buenos Aires, los proyectos imperialistas del propio Napoleón III). Bilbao esperaba más bien que algún día esa alianza diera lugar a un discurso alternativo al de los puritanos

del norte, a una especie de religión laica de la solidaridad humana que superase el individualismo norteamericano. Es más, el filósofo chileno se hizo conocido también por su prédica obstinada en favor de los derechos de los pueblos originarios. Y ni él ni ninguno de los latinoamericanistas posteriores hubiesen excluido de esta alianza a los países caribeños de habla inglesa u holandesa, como tampoco se les hubiese ocurrido incluir, en nombre de la latinidad cultural, a las poblaciones francoparlantes de Quebec o la Luisiana. En sentido estricto, Latinoamérica no existe antes que los Estados Unidos, e incluso antes de que esta nación inicie su política de agresión o intromisión imperialista en los países situados al sur del río Bravo (de hecho, Bolívar nunca habló de unidad latinoamericana, sino, sencillamente, americana, y la leyenda de sus presuntas advertencias acerca del imperialismo norteamericano se basa en la manipulación de una cita sacada de contexto; el libertador convocó incluso a los Estados Unidos al congreso "anfictiónico" de Panamá en 1826, y este país envió a un representante que falleció en el camino: tanto Bolívar como Monroe propiciaban en aquel entonces una coalición continental para protegerse de esa Santa Alianza que acababa de constituirse en Viena con el propósito de aplastar las revoluciones burguesas y republicanas).

Latinoamérica no es el nombre de una fraternidad cultural sino política y, más precisamente, antiimperialista. Y por eso no es casual que uno de los argumentos esgrimidos por Jorge Volpi para negar la existencia de Latinoamérica consista en sostener que Estados Unidos habría dejado de interesarse en la región. Resulta difícil entender qué relación existiría entre una cosa y la otra si no fuese porque el mexicano sabe, aunque no lo reconozca, que la unidad latinoamericana tiene

una causa: el imperialismo norteamericano. Y Latinoamérica dejaría de existir, es cierto, si éste desapareciera.

El libro de Telma Luzzani desmiente, con un aluvión de pruebas, semejante eventualidad. No es verdad que América latina haya dejado de ser un territorio geoestratégicamente importante para Estados Unidos después de la Guerra Fría. No es verdad, por consiguiente, que el viejo proyecto bilbaíno de unidad latinoamericana haya perdido actualidad. Y aun así, ¿no tendríamos una prueba de esa negligencia de su patio trasero en la súbita interrupción de la serie periódica de golpes militares apoyados por el Departamento de Estado? Luzzani nos recuerda, justamente, que esta interrupción es relativa, ya que ahí está el ejemplo de Honduras y los intentos de derrocamiento del ecuatoriano Rafael Correa y Hugo Chávez. Nadie ignora que el gobierno de Estados Unidos mantenía relaciones estrechas con los responsables del golpe contra el presidente venezolano y Washington tampoco se preocupó demasiado por ocultarlo. Luzzani aporta además los elementos y los argumentos para demostrar la más que probable implicación del tío Sam en las acciones golpistas de Honduras y de Ecuador.

Hay sin embargo una aminoración en la frecuencia de estos golpes tras la caída del Muro. Sólo que esta rarefacción no se explica por un repentino desinterés de la potencia septentrional hacia los países latinoamericanos, sino por un cambio de su estrategia en la región. Y si la estrategia cambió, se debe a que cambiaron también los objetivos y los enemigos. Las empresas norteamericanas siguen estando interesadas en el petróleo venezolano o ecuatoriano, como no podía ser de otra manera, pero a esto se suma, como lo explica Luzzani, la abundante presencia en la cuenca del Amazonas de algunos minerales imprescindibles para los artefactos de la informática o las teleco-

municaciones, así como los cuantiosos recursos hídricos del acuífero Guaraní. Estados Unidos empieza además a acomodar por otra parte sus fichas con vistas a un futuro enfrentamiento con dos rivales: una potencia emergente, Brasil, que le arrebató ya a Gran Bretaña la plaza de sexta economía mundial, y una potencia arrolladora, China, que en unos años va a arrebatarle el primer lugar al propio Estados Unidos.

Luzzani pone en evidencia los alcances de esta nueva estrategia norteamericana en su estudio sobre las bases militares en Colombia (seguramente la investigación más exhaustiva que se haya escrito sobre el tema). Y su pesquisa sobre las bases norteamericanas en América latina se corona con un informe acerca de la base británica en Malvinas y la importancia de estas islas en una estrategia global de la OTAN. Lo interesante es que ninguno de sus trabajos omite la dimensión histórica de los problemas, como cuando Luzzani nos recuerda, en uno de mis pasajes favoritos de su libro, cómo el mismo ministro puritano que alentó la caza de brujas, la estigmatización de las adúlteras y el exterminio de indígenas, elaboró el relato mesiánico que convertiría a los colonos de las trece colonias en una milicia de Dios encargada de combatir el Mal sobre la Tierra.

La autora ya tiene habituados a los lectores de Argentina a este tipo de investigaciones. Pero como es muy probable, y deseable, que este libro circule por el resto del continente, no sería superfluo recordar que se trata de una de las periodistas con más experiencia en política internacional con que cuenta este país, de una reportera que recorrió durante los últimos treinta años el mundo cubriendo para diversos medios gráficos, radiales y televisivos sus principales acontecimientos políticos y entrevistando a sus protagonistas, pero también de una intelec-

tual que no ignora hasta qué punto su trabajo aporta una contribución insoslayable para el viejo proyecto de constitución de una unidad política latinoamericana.

DARDO SCAVINO